

ROTTEN CITY

Esto es New Class City, una ciudad que fue fundada con la pretensión de que en ella vivieran las personas más ricas, notables, elegantes e inteligentes del noroeste de EEUU. Un lugar que se convirtiera en un crisol de artistas de todas las tendencias, una nueva Atenas llena de ciudadanos responsables y nobles de espíritu y corazón. Sin embargo, la ciudad está llena de toda clase de lumpen social de la peor categoría, ralea y calaña. Una ciudad con una atmósfera cargada de oscuridad, crimen, y abundante en policías y políticos corruptos. La visión de esta urbe parece sacada de las películas de gánsters de los años 40. Pero lo triste y duro es que es la pura realidad para los pocos ciudadanos honrados que quedan en ella y que no pueden huir. Una vez alguien dijo acerca de New Class: “Este lugar nació para ser un continente de cultura, riqueza, belleza y gente decente. Y en efecto, es un continente, pero en el que se reúnen todos y cada uno de los adjetivos negativos que os podéis encontrar en un diccionario.” O también alguien dijo: “Delincuente: dicese del oriundo de New Class City”.

Y aquí vivo yo, James Chains. Perdón, ¿he dicho “vivo”? Me refiero a que aquí malvivo yo, en uno de los barrios de esta maldito lugar al que ya ni recuerdo como y porqué llegué. Despedido de la policía de aquí por corrupto. ¡Qué ironía!. Sobreviviendo de mi actual profesión de detective con los pocos clientes que acuden desesperados a mi despacho porque la policía no hace nada por ellos si no hay “grasa” de por medio. Mi despacho, sito en un cuchitril en el que vivo de alquiler y esperando una indemnización por mi despido improcedente del corrupto cuerpo de policía. Intimando cada vez más con una amiga que me ayuda a olvidar los constantes malos ratos por un breve tiempo, la única que no me dice que no mientras está llena de bebida.

Fue un día como otro cualquiera en el que me dirigí a probar fortuna a la comisaría para ver si había algo de lo mío, por ver si por lo menos me lo daban en mano y no tenía que declararlo. Cuando abrí la puerta de la comisaría, vi tras el mostrador a una mujer alta y rubia, y con cierto toque de elegancia, una “rara avis” en New Class. Hablaba con uno de los holgazanes que la atendía en el mostrador; “fatty”, un tipo grueso que estaría de malas pulgas porque mientras se quedaba allí atendiendo no podía estar en la calle cobrando sus “primas” a los delincuentes y prostitutas por hacer la vista gorda. No presté más atención de la necesaria, al fin y al cabo yo estaba allí por dinero y una vez más me habían dado la del pulpo y me largaba de allí creyendo que en las cloacas encontraba gente más interesante y atenta que en aquella comisaría. Cuando pasaba por el mostrador camino de la calle pude escuchar la conversación entre aquella mujer y la morsa que la atendía:

- Entonces, ¿no van a hacer nada por encontrar a mi marido?- Preguntaba la mujer casi con un tono de desesperación.
- Lo siento señora,- contestaba “fatty” con desinterés – ya le he dicho que esta ciudad tiene otros problemas más graves que el de la búsqueda de una persona.

Yo supe que algún día me arrepentiría, e hice lo que nadie hubiera hecho en esta ciudad. Le ofrecí mis servicios como detective a un precio cercano a la gratuidad. No sé qué es lo que me empujó a ello; quizá ver que no era como las demás en aquella ciudad, que estaba realmente preocupada por su marido porque le quería, que era verdaderamente bella... El caso es que me presenté a ella y la cité a la tarde en mi despacho para que me contara todo.

Estaba adecentando un poco la habitación que utilizaba como despacho cuando sonó el timbre. Justo a la hora convenida, con auténtica puntualidad prusiana. La verdad es que

no me extrañó en una mujer de su talla. Entró en la casa y la invité a sentarse cuando llegó a ese despacho sui generis lleno de polvo y poco adecentado. Se sentó y preguntó:

- ¿Le importa que fume? Es que estoy muy nerviosa.

Asentí con un gesto y aunque tenía ganas de tomarme una copa, me reprimí al pensar inconscientemente que no daría buena imagen. Ella, tras encender un cigarro rubio, me expuso lo siguiente:

- Hace cinco días que no sé nada de mi marido. Se marchó del hotel a una reunión de trabajo y ya no he vuelto a saber nada de él. No me dijo con quién se iba a reunir ni donde, por lo que no puedo ni siquiera llamar a ninguna de las personas que lo acompañaban.

Le pedí que me enseñara una foto una foto para saber por quién me tenía que interesar y el nombre al que respondía. Michael Smith, “Smitty” para los amigos. Un tipo alto y rubio y con cara de buena persona. Con dinero y con clase, como su mujer. Tras establecer mis honorarios, aunque me repugnaba hablar de dinero y más con una mujer, salí a callejear y rastrear en busca de pistas que me pudieran llevar hasta Smitty. Sí, le había cogido cierto cariño.

El primer lugar al que llegué fue al hotel donde se hospedaba la pareja y por el camino le di vueltas a la cabeza pensando en qué clase de negocios podían haber traído hasta este lugar al bueno de Smitty y su preciosa mujer. ¿Quizás algún asunto turbio que sólo se pudiera tratar en una cloaca como ésta? Era igual, ya estaba en el hotel y sólo me quedaba comenzar a indagar, así que me acerqué a la recepción y pregunté al hombre que lo atendía a ver si había visto salir al hombre de la foto que yo le enseñaba.

- Pidió un taxi hace cinco días a las... – echó un vistazo al libro de registros – 19:30 horas aproximadamente, pero no dijo para donde lo quería.

- ¿Recordarías el taxi que pidió?

Accedió a darme tantos datos porque el fulano sabía que yo era el único que podía encontrarle y así poder pagarle, estuviera vivo o estuviera muerto, la cuenta del hotel que cada día engordaba más por la estancia de su esposa.

- Vino un taxi bastante cochambroso, como todos los de ésta ciudad, y, lo que más recuerdo es la pegatina que llevaba en la parte de atrás, en la que se podía leer “I love Vietnam”.

Con esa referencia ya sabía cual sería mi próxima parada. Un night club bien conocido por todos los habitantes de aquí. El primer lugar en el que una mujer tenía que buscar a su marido si éste se retrasaba en volver a casa y si ella quería salir a buscarlo. Era el lugar amoral más grande y con más solera de la ciudad, solamente superado por el ayuntamiento. Cuando llegué al club sus luces de neón, rojas, azules y blancas me recordaron otros tiempos en los que yo acudía allí en busca de halagos fáciles y contratos... carnales. El portero me saludó con aire burlón.

- Buenas noches, señor Chains. Hacía mucho tiempo que no se le veía por aquí. – Dijo mientras me abría la puerta.
- Vete al cuerno. – Murmuré mientras entraba.

Una vez dentro pude ver que nada había cambiado, salvo algunas chicas. Algunas estaban sentadas en sofás hablando entre ellas, otras con clientes tomando algo en la barra, otras se me acercaban cuando me reconocieron como buen cliente, pero no sabían que mi economía ya no daba siquiera para invitarlas a una copa. Cuando se dieron cuenta de ello me abandonaron con la misma facilidad con la que se me habían acercado. Busqué con la mirada al dueño del taxi, ya que, este era casi, si no lo era, su primer hogar. En vez de encontrarle vi a otra persona que surgió de una habitación y que bajaba las escaleras del brazo de una de las chicas. Era Fred “Longtongue”, un tipo con un físico parecido al del antiguo actor Peter Lorre, sólo que con mucha menos

presencia y glamour que el gran actor de películas como “Casablanca” o “El halcón maltés” de los años 40. Era un antiguo confite de cuando yo estaba en el cuerpo y por saber debía conocer hasta quién asesinó a Kennedy. Me acerqué a él y nada más me vio soltó el brazo de la chica e intentó escapar.

- Vamos Fred, ¿ya no hablas con los viejos amigos? – Le dije cogiéndole fuerte del brazo.
- Es verdad. Perdona Chains, no me había dado cuenta. – Dijo el muy cínico. - ¿Qué tal te va con tu nueva vida?

Se burlaba de mí, pues él mejor que nadie sabía lo desastrosa que era mi vida desde que me echaron del cuerpo. Hoy día no sé si él tuvo algo que ver o ayudó en la trampa que me tendieron.

- Vengo, - continué, pasando por alto la burla – para que me digas algo de este hombre.- Y le enseñé la foto de Smitty.
- Ni idea.- Contestó, rotundo.
- Venga Fred, dime lo que sepas o no mueres de viejo.
- ¿Me estás amenazando? No te tenía por un matón.

Le conté que si no me decía lo que sabía, la familia Virtuosse sabría que cierto tiñalpilla había charlado con la policía y que por su culpa se les había venido abajo un negocio quedando por el camino la mercancía y el más joven de toda la familia. Le pregunté a ver cómo se veía con unos zapatos de cemento en el cada vez más poblado lago “Dark Bay”. Esto último le espabiló el cerebro. Me contó que la noche aquella el tipo entró aquí con Jesse Clemens, el dueño del taxi, y se reunió con otras dos personas para divertirse un buen rato con las chicas y luego para reunirse con una persona.

- ¿Con quién?

Se quedó callado y miró hacia arriba como queriendo señalar el cielo.

- Sólo Dios lo sabe.

Si Fred “Longtongue” tenía tanta información y aún seguía vivo era por su manera de dar los chivatazos; nunca decía el nombre de la persona directamente salvo que se le torturase o se le amenazara, como cuando estaba en la cárcel, con dejarle con cierta compañía reclusa que tenía falta de sexo. El hombre al que se refería era el obispo de la diócesis de esta ciudad.

Cuando salí del club y tras dar unos pasos, unas sombras aparecieron tras de mí y apenas tuve tiempo de darme la vuelta pues recibí un golpe con un objeto contundente en la boca que me hizo caer al suelo. A continuación una lluvia de golpes me empapó hasta los huesos dejándome sin conocimiento. Cuando me desperté, estaba tirado en el felpudo de la entrada de mi casa con todo el cuerpo dolorido, sobre todo la dentadura por el golpe inicial, y con un cartel de advertencia que colgaba de mi cuello con el siguiente mensaje: “Cuando a alguien le duele mucho el cuerpo lo mejor que puede hacer es quedarse en la cama”. Bonita advertencia para que me quedara al margen y dejase de indagar. Entré en casa a descansar un poco y curarme las heridas y al ver mi cara en el espejo vi que no estaba tan mal, solamente me llamó la atención un diente que se estaba poniendo negro y que me dolía mucho. Tras ello descansé unas pocas horas antes de volver a salir a la calle.

Hice caso omiso de la advertencia del cartel y llegué a la casa del obispo quién me recibió atentamente. Le hablé de “Smitty” y le pregunté si era cierto que tenía que reunirse con él.

- Sí, “Smitty” es un buen hombre y nos va a ceder unos terrenos y a desarrollar el proyecto de levantar un orfanato en New Class City. Lo que ocurre es que ya hace días que les espero a él y a sus socios y no han venido aún, y por más que intento ponerme en contacto con él no me es posible encontrarle en ningún lado.

- Perdona, excelencia. ¿En qué lugar están esos terrenos?
- Están al sur de New Class. Son los terrenos donde se levantó hace ya tiempo el Gran Salón de las Artes que pronto cayó en desuso y que ahora está habitado por drogadictos y traficantes que tienen allí su almacén de productos estupefacientes.

Le di las gracias y tras prometerle que haría todo lo posible por encontrarle, pensando en su bella esposa, me acerqué hasta el viejo y peligroso Salón de las Artes. Había oído lo del proyecto del Orfanato, y, el caso, es que hacía mucha falta, pues muchos niños producto de la lujuria, prostitutas sin un dedo de frente, violaciones... eran abandonados en cualquier lugar de New Class y los que sobrevivían estaban condenados a caer la mayor parte de las ocasiones en el mundo de la delincuencia y de la droga.

El Salón de las Artes estaba en uno de los lugares más deprimidos. Cuando se levantó el anfiteatro la idea era que con el tiempo, la ceremonia de los Oscars se celebrara en New Class, arrebatándole el privilegio a Los Angeles, pero luego la realidad fue bien distinta hasta el punto de que ahora, lo único que había allí era un desfile de todo el lumpen de la ciudad, personas grotescas fulminadas por la drogadicción y el alcoholismo. Un lugar dejado de la mano del diablo. Me interné entre aquel grupo de desgraciados y fiándome de mi intuición busqué algún individuo que yo pensase que podía saber algo o que pudiera haber visto al marido de mi cliente. Pero la suerte quiso que, antes de que yo encontrara al personaje equivocado y me pasara todo el día buscando entre aquel atajo de miserables, un viejo conocido de los años en que estuve en el cuerpo y con quien trabé gran amistad se acercara a mí y me dijese:

- ¿Buscas a Smitty?
- ¡"Whitehair", cuánto tiempo! ¿Qué haces por aquí?

- ¿Qué quieres que haga? Desde que me echaron como a ti mi vida no ha hecho más que caer en picado como la Bolsa en el 29. No he sabido reciclarme como tú y aquí me veo, malviviendo.
- Tampoco te pienses que yo estoy mejor. Pero perdona que vaya al grano, me hablabas de Smitty, ¿de qué le conoces?
- Estuvo por aquí varias veces. La primera vez con gente con la que miraba la zona y sobre todo el Salón, con idea de derribarlo y construir otro edificio.
- Algo sabía ya sobre eso. – Le corté.
- Pero lo que tú no sabes es que otras veces que vino, y la última el otro día, venía con otra gente, eran esos puercos del ayuntamiento, con algún policía corrupto, “fatty” entre ellos.
- ¿Y bien?
- Esas otras veces ya no era el Salón lo que únicamente les interesaba; ya era todo el barrio lo que entraba dentro del proyecto.

Tras esta información empecé a darle vueltas a la cabeza, ¿por qué tenían que resultar extrañas esas visitas? ¿Con qué gente estuvo allí la primera vez que fue? ¿Por qué se interesaba ahora por una parcela de terreno mayor para el orfanato? Pensé que lo mejor que podía hacer era volver a ver a Miss Smith e indagar más profundamente por si se le había olvidado contarme algo la primera vez que se reunió conmigo. No sé porqué, pero estaba un poco nervioso por ir a reunirme con ella y tan concentrado estaba en mis pensamientos que apenas escuché el rugido del motor de un coche que a toda velocidad venía detrás de mí dispuesto a embestirme. Fue un momento de reacción gracias al cual conseguí echarme a un lado sin conseguir que no me golpeará en la cadera y me lanzara contra la pared de un edificio. Rápidamente me levanté para resguardarme por si regresaba de nuevo pero se perdió en la lejanía. Lo único que pude distinguir fue que el

vehículo era uno de los muchos taxis de la ciudad. Llegué al hotel y me dirigí a la habitación de Miss Smith, llamé a su puerta y me abrió vestida con un albornoz muy fino que le perfilaba perfectamente su silueta. La cabeza la tenía cubierta por una toalla bajo la que se había recogido el pelo. Quedé turbado por esa imagen, pero ella fue la que inició la conversación:

- ¿Tiene noticias de “Smitty”? – Me preguntó con gran interés.
- Algunas, - contesté, sé adonde ha ido y adonde no ha ido, pero aun no he sacado nada en claro. Por ello he venido a hablar con usted. Necesito que me proporcione más información.
- Ya le conté todo lo que sabía, - me contestó – no sé qué más quiere saber, ¿es que usted sabe algo más y quiere contrastarlo?

Me quedé pensativo, no sabía si decirle ahora que había estado en el burdel. Ella podía perder el interés al saber eso de su marido y entonces yo me quedaría sin mis emolumentos y además, con una paliza gratuita. Así que no, le seguí preguntando por sus últimos quehaceres.

- El siempre se ha dedicado a obras de beneficencia, siempre ha ayudado a los desfavorecidos y ha volcado todos sus esfuerzos y su fortuna en ello. Nunca ha tenido ningún afán de lucro en nada de lo que hacía.

Se complicaba aún más el caso. Si era tan buena persona como parecía, qué le impulsó entonces a reunirse con la gentuza del ayuntamiento, corrupta e inmoral, amén de otros muchos calificativos del mismo tipo. Me fui del hotel y dejé a Miss Smith cuando le traían la cena a la habitación y me dirigí a casa. Allí, ya en mi “hogar” me senté y encendí la televisión para relajarme un poco mientras cenaba y dejé que el tubo catódico pensara por mí. Me serví la primera de unas cuantas copas de whisky hasta que me quedé dormido en la butaca. Al día siguiente me desperté con un dolor de cabeza

espantoso. Parecía que en el interior de mi cabeza había un montón de obreros con martillos neumáticos y bolas de demolición trabajando a destajo. Me arrepentí, pues ese estado no me iba a dejar pensar con claridad y tenía que empezar a atar cabos para encontrar al maldito Smitty. Ya empezaba a estar harto de no dar con una pista que fuera tal. Me habían pegado, atropellado, el tal Smitty no parecía ser un angelito como yo creía, me dolía la cabeza, estaba sin dinero y no tenía los ingredientes para elaborar aquella bebida contra la resaca. Estaba autocompadeciéndome cuando en el televisor, que no había apagado a la noche, un informativo local anunciaba que en el barrio donde estuve el día anterior se iban a construir una serie de viviendas de lujo con las que el alcalde tenía pensado intentar iniciar la regeneración de la ciudad. Mi resacosa cabeza comenzó a cavilar. Volví a visitar al obispo para conocer sus impresiones y saber qué opinaba acerca de todo esto. Me reuní con él y directamente le pregunté:

- ¿Sabe usted lo que ha anunciado New Class T.V.?
- Lo sé. El maldito alcalde Mc Rotten me ha vuelto a dar una bofetada sin yo poder hacer nada. Me la ha jugado con su maldita pléyade de abogados y sin enterarme a conseguido llevar a cabo sus planes.
- ¿Pléyade de abogados? ¿A qué se refiere?
- Le voy a contar la historia desde el principio. Smitty, al que al igual que usted aún no he visto, teníamos que reunirnos porque...

Smitty era el dueño de esos terrenos. Me contó lo que ocurría, cómo se iba a establecer una colaboración mutua con Smitty como particular, y la Iglesia como empresa para la donación por parte del primero de esos terrenos. Los terrenos donde se levantaba el Salón de las artes pertenecían a la familia de Michael Smith desde tiempos inmemoriales y los cedieron para que se construyera en ellos dicho edificio. Ante el abandono de todas sus actividades y la degradación de la zona, Michael, había entrado

en conversaciones con diferentes representantes de la iglesia en New Class con el fin de llevar a cabo una regeneración del barrio mediante la construcción de un nuevo edificio que albergaría un orfanato rodeado de zonas verdes y libre de delincuencia, crimen y drogas. El alcalde se había intentado inmiscuir para conseguir expropiar y recalificar esos terrenos con la finalidad de llevar a cabo la construcción de los edificios de lujo. Su intención era concedérselos a una constructora que les pasase a él y sus colaboradores una suma de dinero interesante. Pero les había salido mal la jugada pues el juez determinó que esos terrenos pertenecían únicamente al caballero Michael Smith y que sólo él podía decidir sobre el futuro de los mismos, y lo que él decidió es que se iba a construir un orfanato o no se construiría nada.

Ya tenía los ingredientes para mitigar la terrible resaca que llevaba padeciendo todo el día. Me disponía a prepararlos cuando alguien llamó al timbre. Era Klaus “Whitehair”, el mendigo de “Top Class Neighbour”, el barrio donde se alzaba el maltrecho Salón y que me proporcionó las últimas pistas. Le abrí y le invité a pasar.

- ¿Qué se te ofrece “Whitehair”? – Le pregunté.
- Tengo nueva información que te va a resultar valiosa, pequeño saltamontes. – Bromeó pues yo fui, de alguna manera, su aprendiz en el cuerpo. – Algo interesante.

Rápidamente se me olvidó el brebaje “anti-resaca” y centré todos mis sentidos en lo que me pudiera decir olvidándome del dolor de cabeza.

- Te escucho.
- Creo que esa rata de Fred “Longtongue” te ha vendido y tu vida está en peligro. El taxi que intentó atropellarte el otro día no es otro que el de Jesse Clemens.

Empecé a ver la conexión; Jesse Clemens acude a buscar a Smitty al hotel y luego lo lleva al burdel donde está Fred y otro par de personas. Fred está dentro del juego y me delata ante los supuestos socios de Smitty. Si Fred me quita de en medio el negocio sale

bien y además evita que yo pueda delatarle a los Virtuosse y que éstos acaben con él. Una parte del juego acaba convirtiéndose en algo parecido a la teoría de la “selección natural”, en la cual sólo sobrevive el más fuerte o el más inteligente. Cada vez se va viendo mejor quiénes son los eslabones que integran esa cadena criminal, la cual, si no me cuidaba acabaría enrollándose en mi cuello y asfixiándome literalmente.

- Estás en peligro, hijo. Debes actuar. Rápido. Piensa con claridad y date prisa.
- Muchas gracias, “Whitehair”. ¿Cómo te lo puedo agradecer?
- Primeramente salvando tu cuello, y, después, con que me invites a una copa como en los viejos tiempos me daré por bien pagado.
- La verdad es que me haría falta alguien que fuera mi socio en esta mierda de profesión.
- Soy demasiado viejo para ello. Ya hablaremos tomando esa copa. – Se despidió de mi y se fue.

Ahora ya no se trataba de un asunto laboral. El caso había derivado en una situación en la que peligraba mi propia vida y necesitaba información. Sólo llegando hasta Smitty conseguiría llegar hasta mi salvación. Para ello tenía que atacar a la cadena en el eslabón presumiblemente más débil, y ese eslabón no podía ser otro que Fred “Longtongue”. Entre su vida y la mía, yo, elegía la mía. Así que llamé a Jimmy Virtuosse, a quién conocía personalmente y me cité con él. Primero: si estaba en compañía de algún Virtuosse, nadie se atrevería a atentar contra mi; segundo: sabían como sacar información hasta a las piedras; y tercero: en cuanto supieran que Fred “Longtongue” fue el causante de la muerte del joven Ray Virtuosse, las horas que iban a tardar en tenerlo en su poder se contaban con los dedos de una mano y sobraban dedos.

Me reuní con Jimmy Virtuosse en la vieja “Grapperia Sforza”, un bar con todo el sabor y el ambiente de Italia. Conocía a los Virtuosse de mi época en el cuerpo de policía y

me tenían aprecio porque, gracias a mi declaración en un juicio, dos de ellos fueron declarados inocentes en un asunto de “trata de blancas”, lo que me costó una suspensión de empleo y sueldo durante dos meses. Yo era el único policía, en esa ocasión, que jugó honestamente y declaró la verdad. Todos los demás, policías y algunos políticos, corruptos todos ellos, estaban interesados en llevarles a la cárcel. Por ello me solían echar una mano de vez en cuando. Mientras caminábamos hacia la Grapperia vimos pasar a nuestro lado a Jesse Clemens, quién desde su cristal me dedicó una furibunda mirada ante la impotencia de no haber podido atacarme en ese momento por ir acompañado de Jimmy.

- ¿Qué es aquello tan importante que me tenías que contar, James?

Así eran Jimmy y todos los Virtuosse. Directos. No había esperado apenas a sentarnos y ya me había preguntado sin más rodeos cual era el motivo de nuestro encuentro.

- He averiguado quién se fue de la boca y fue responsable de la muerte del joven Ray y de que vuestro negocio en aquella ocasión se viniera abajo. – Le contesté igual de directamente que él me había preguntado.

Se quedó callado. Parecía que iba a explotar de cólera, pero la estaba conteniendo en su interior. Hizo tremendos esfuerzos por no perder la calma y preguntó de nuevo:

- ¿Y quién es el aspirante a cadáver que no pudo tener la boca cerrada?

Fue entonces cuando quise sacar mi propio provecho y le hice jurar que antes de que hicieran nada con él tendrían que ayudarme a sacarle una información que yo necesitaba urgentemente.

- Cuenta con ello, pero rápido, dime quién es la maldita sabandija para que vayamos preparando su funeral.

- Es Fred “Longtongue”.

Los ojos de Jimmy se inyectaron en sangre y otra vez con voz tensamente calmada dijo:

- Estáte a las 20:00 horas en el tinglado del N.C.A.F.T. del puerto comercial. Allí le sacaremos toda la información que necesites. Ahora perdona, - se terminó de un trago la grappa que había pedido y se levantó de la mesa – me voy a buscar a ese cerdo.

A las 20:00 horas exactamente me dirigí al New Class Atlantic Fruit Terminal. Era un almacén supuestamente destinado para reunir la fruta que llegaba en barco y que luego se redistribuía por la ciudad y alrededores, pero los Virtuosse lo utilizaban para realizar sus negocios y apaños. Me abrieron y me invitaron a pasar. Allí estaban casi todos los de la familia. Nadie se quería perder el final del bellaco que había causado la muerte del joven Ray.

Allí estaba Fred, atado a una silla y tembloroso, sabiendo cual iba a ser su triste final. Su temblor era debido a que desconocía qué es lo que le ocurriría antes de que le llegara su hora. Con suerte, pensé, este cobarde no querrá sufrir ninguna tortura y cantará rápido, lo que me permitirá ganar tiempo y llegar al meollo del caso. Uno de los Virtuosse me hizo señal de que me acercara. Cuando salí de la sombra y me reconoció, Fred comenzó a insultarme y a recordarme a mis muertos varias generaciones hacia atrás. Me maldijo todo lo que pudo hasta que cayó agotado en su propia cólera. Entonces nos acercamos Jimmy y yo, y éste primero se dirigió a él:

- Sabes porqué estás aquí, ¿no? Y ya sabes cual va a ser tu final también, supongo. Antes de que mueras, quiero que des toda la información que te pida James. Si no, sabes que te la vamos a sacar con múltiples instrumentos de manera muy desagradable.

Al escuchar éstas palabras Fred tembló aún más y se mostró dispuesto a colaborar. La fama de los Virtuosse sacando información era una garantía para obtener lo que se pedía de manera rápida y eficiente. Entonces me dirigí a él:

- Me imagino que te harás una idea de lo que quiero. Me vas a contar todo lo que sepas, de principio a fin. Has jugado y has perdido. Acéptalo.

Entonces Fred contó cómo no lo había hecho nunca. No se anduvo con rodeos. Dio datos, nombres, direcciones... Me contó que el alcalde había llegado a un acuerdo con Smitty mediante el cual recibiría un buen porcentaje de todos los beneficios que produjese la construcción de aquella urbanización de lujo. Para celebrar la firma del acuerdo y como muestra de buena voluntad, el alcalde invitó a dos de sus colaboradores, Smitty y Jesse Clemens, como taxista de todos, a pasar un buen rato en compañía de las chicas del night club. El caso es que tras firmar el contrato, Smitty se sintió engañado y pretendió cobrar una parte mayor de lo acordado. Intentaron llegar a otro acuerdo con él para que no diera demasiados problemas en el futuro pues la obra ya tenía vía libre para realizarse, pero Smitty no se movió un ápice de sus pretensiones. Fue entonces cuando esposado con la ayuda de varios policías corruptos, entre ellos “fatty”, le llevaron a un descampado a las afueras de la ciudad y, con el visto bueno del alcalde fue ejecutado y enterrado. Allí se encontraba Fred casualmente que lo vio todo y al que descubrieron. Por una mínima cantidad de dinero que le permitiese sobrevivir un tiempo y a cambio de mantenerle en el night club a cuerpo de rey, pasó a la nómina como informador de cualquier acontecimiento o intrusión que pudiese arruinar el negocio o meter en problemas al alcalde y su equipo. Entonces aparecí yo en la comisaría y “fatty” vio como ofrecía mi ayuda a Miss Smith. Saltaron las alarmas, pues aunque yo era un detective de poca monta y un muerto de hambre ya había metido las narices de algún modo. Luego aparecí en el club y amenacé a Fred. Este, para quitarme de en medio por doble motivo, informó de ello al equipo del alcalde y a la policía. Fue entonces cuando recibí el primer aviso nada más salir del club. Al ver que yo seguí husmeando fue Jesse Clemens quién intentó atropellarme con su taxi. Le pregunté a Fred donde estaba el

descampado donde se hallaba el cuerpo de Smitty. Mi intención era tratar de tener todos los ases en mi mano para poder desenmascarar al alcalde y todo el grupo de policías corruptos para que supiera la gente de la ciudad quién les gobernaba y tomaran de algún modo conciencia de ello, y también, claro está por cumplir el trabajo que me había encargado Miss Smith. Tras obtener hasta la última gota de información que sabía Fred, me despedí de los Virtuosse:

- Os estoy muy agradecido por vuestra ayuda.
- No hay nada que agradecer. – Me dijo el cabeza de la familia, un hombre de casi 80 años. – Tú nos has ayudado en momentos malos. La lástima es que no podamos echarte otra mano, pero no nos conviene meternos en asuntos de política, es algo demasiado sucio incluso para nosotros. Cuídate de todas formas.

Nos dimos un abrazo y salí de allí en dirección al hotel para ver a Miss Smith y contarle todo lo sucedido.

Llegué sobre las 11 de la noche y el recepcionista, un chaval joven, no me quería dejar entrar pues consideraba que como Miss Smith ya había pedido la cena hace tiempo, ahora se encontraría durmiendo. Intenté convencerle de que era algo muy importante y ante su continua e impertinente negativa corrí hacia el ascensor y subí a su habitación. Llamé a la puerta y me recibió vestida con un elegante pijama rojo de suave seda. Me quedé boquiabierto al contemplar semejante hermosura y ella se dio cuenta. Para evitar una situación un poco embarazosa ella rápidamente me invitó a entrar y a sentarme pidiéndome que le contara todo lo que sabía, gracias a lo cual reaccioné y dejé de pensar en el interés sexual que yo pudiera tener hacia ella. Me escuchó atentamente mientras le contaba toda la historia de las andanzas de su marido por New Class City. Su cara se entristecía a medida que iba terminando. Cuando acabé, ella se levantó y se dirigió a la ventana, se quedó allí y yo me sentí muy incómodo.

- No entiendo cómo ha podido engañarme. – Dijo con una voz casi llorosa.
- Yo tampoco lo entiendo. – Dije estúpidamente. No sabía qué decir y fue lo primero que se me ocurrió.
- Cómo ha podido engañarme a mí y a todos de esa manera. – Y rompió a llorar en mi mientras me abrazaba fuertemente. En esos momentos yo creí sentirme cerca de la gloria.

Me repuse y dije:

- Ahora es necesario que encontremos el cadáver y tratar que los culpables sean condenados o castigados.

Llegó la hora final. Había que exhumar el cadáver y yo tenía que salvar mi cuello. Primeramente llamé a los Virtuosse para pedirles un último favor. Les pedí que trataran de que nadie se diera cuenta de la desaparición de Fred para que el alcalde no se pusiera nervioso. Después llamé a la policía de la ciudad vecina de New Class City y les avisé de la existencia del cuerpo de un hombre enterrado en el descampado de “el árbol del perro ahorcado”. Les conté todo lo sucedido y quedé con ellos para señalarles el punto exacto. Por último hice que el alcalde se enterase por diversos medios de que Miss Smith y yo sabíamos donde se encontraba Smitty y que partíamos en su busca en compañía de la policía vecina.

Cuando llegué al lugar con Miss Smith, allí estaban esperándonos la policía. Por suerte conocía al inspector que se había hecho responsable del caso y conseguí convencerle de que esperara a que llegara el alcalde acompañado de sus socios.

- Si les esperamos, tal como yo imagino y he supuesto, intentarán llevarse el cadáver de aquí y entonces habrá pruebas para poder procesarles.
- ¿Es necesario que ella esté aquí? – Preguntó el inspector refiriéndose a la mujer de Smitty.

- Ella ha insistido en estar presente, tanto a la hora de exhumar el cadáver como a la hora de detener a los criminales. Además, es mi cliente, y como ella paga, ella decide.

- Sigues pensando con la bragueta, Chains. Has aprendido poco durante estos años.

Me quedé callado pues tenía razón, aunque yo distaba mucho de ser lo que había sido.

Por fin llegaron. Escuchamos unas voces y vimos unas siluetas. Encendieron una linterna y pudimos ver un grupo de cinco hombres ataviados con palas que se ponían a cavar en lo que parecía ser tierra removida. Entre ellos estaba Jesse Clemens y los dirigía un tipo que me resultaba conocido, pero no sabía quién era. Al final sacaron entre los cuatro una bolsa de plástico gigante en la que parecía encontrarse el cuerpo.

- Vamos. Rápido. Sacadlo y larguémonos de aquí. Teníamos que haberlo hundido en “Dark Bay”. Allí no lo hubieran encontrado jamás. – Dijo el que los dirigía

- O haberlo quemado. – Sugirió Jesse Clemens.

- Este mamón de Fred nos la ha jugado. En cuanto lo vea va a ser comida para peces junto con este tipo. – Se quejó otro.

Miss Smith contemplaba impasible la escena de cómo desenterraban a su marido. El inspector se dispuso a dar la orden de actuar a sus hombres para proceder a la detención de las cinco personas. Yo intenté detenerle:

- Espera. No veo al alcalde por ningún lado.

- Lo siento, Chains. Como puedes observar no está por aquí y no creo que venga. Además no quiero correr ningún riesgo y voy a detenerles ya antes de que puedan huir. – Dijo.

- Adelante, inspector. – Surgió de la boca de Miss Smith.

Los cinco fueron detenidos acusados de asesinato. Se produjo un conflicto de competencias entre ambas ciudades porque desde New Class City se reclamaban como

propios los terrenos y se insistía en que la policía vecina no tenía ninguna jurisdicción sobre los mismos. Los cinco hombres implicaron en todo momento al alcalde de New Class City. Se reunieron ambos alcaldes a petición personal del alcalde vecino. Unicamente trascendió que tras dicha reunión el terreno conocido como el “árbol del perro ahorcado” quedó integrado por derecho en un distrito perteneciente a la ciudad vecina y que nuestro alcalde parecía quedar libre de toda culpa y no tuvo que prestar declaración. En el juicio en el que estuvo presente Miss Smith, los cinco fueron declarados culpables y condenados por el asesinato de Michael Smith. El jurado popular los encontró culpables por unanimidad y cada vez que entraban los cinco en la sala eran abucheados e insultados por todos los presentes. Todo lo que contaron sobre lo ocurrido fue tomado como falso por el público debido al cariño que sentían todos hacia smitty. Mientras en New Class City las cosas siguieron igual que siempre. El alcalde Mc Rotten, con la firma de Smitty y la cesión de los terrenos inició rápidamente, sin ningún tipo de rubor, la construcción de la urbanización de lujo, y, se comentaba, que el Rolls-Royce con el que acudía al ayuntamiento no lo había ganado con el sudor del trabajo... En cuanto a Miss Smith, ésta tuvo que iniciar otra serie de litigios para conseguir que le fuera concedida la parte de la herencia que le correspondía como viuda de Smitty. Antes de que se marchara de la ciudad la fui a visitar por última vez al hotel. Entré en su habitación y la encontré en el balcón. Miraba la ciudad mientras se fumaba un cigarrillo. Tenía el pelo suelto que ondeaba al viento y parecía inmersa en sus pensamientos. Me acerqué a ella y la saludé.

- Buenas tardes. – Me dijo saludándome.
- Venía a despedirme de usted.

Nos quedamos callados un momento. Hasta que ella inició de nuevo la conversación.

- Me enamoré de Smitty por su bondad, porque era sencillo a pesar de su fortuna y porque todo lo que hacía, como le dije, era siempre para provecho de los demás y nunca el suyo propio. Siempre pensaba en los demás antes que en él.
- Por esa actitud ha sido siempre conocido, admirado y querido, según veo. Como una persona solidaria y desprendida hacia todos los demás. – Asentí.
- Por eso no entiendo qué es lo que le pudo pasar cuando llegó a esta ciudad. Por qué cambió tan drásticamente y se volvió un ser interesado, egoísta e insolidario a la par que infiel conmigo.
- Lo siento de veras. – Y continué.- Pero me parece que es esta maldita ciudad. Esta ciudad lleva la corrupción en el aire. Corrompe a los corazones bondadosos, pervierte a los maridos ideales, vuelve malvadas a las personas. Nadie aquí está libre de pecado. Por ello nadie quiere venir a vivir aquí, y el que viene, acaba como su marido.

Nos quedamos callados de nuevo. Parecía que el carácter se le había endurecido o la procesión iba por dentro. Finalmente me dijo:

- En cuanto solvente los problemas legales le pagaré, señor Chains. Espero que no le haga mucha falta el dinero.
- No se preocupe, no es urgente. – Mentí como un bellaco. – Cuando usted pueda ya me pagará.

Me extendió su suave mano como final del contrato y tras despedirnos definitivamente abandoné el hotel y me volví a casa con la sensación de que era más viejo y de que cada vez creía menos en el ser humano.